

EL TIEMPO VIVIDO



Me gusta conocer caminos y lugares nuevos, recorrer distancias por itinerarios menos habituales. Así llegué al valle de Freetown. Eran unas suaves colinas que caían en racimo hacia el río, la arboleda y el pueblo. Los campos estaban dorados con la simiente, el viento las mecía formando un mar de oro y, aquí y allá, islas de verdes árboles prometían un perfecto descanso.

Me encontraba parado en el alto; la imagen inundaba mi corazón de emociones y mis ojos querían mirarlo todo. Caí en la cuenta de que, en los árboles de mi derecha, había una hermosa valla blanca de madera y una puerta de hierro pintado que invitaba a entrar. Me acerqué a ella y descubrí que, entre las sombras, se escondía un bello jardín.

Caminaba disfrutando del momento cuando me tropecé con una losa de piedra. Entonces me di cuenta de que el suelo estaba salpicado por ellas. La losa tenía un inscripción: Robert, 15 de enero de 1998, vivió 3 años, 6 meses y 3 días. ¡Era una lápida! Corrí a ver las otras piedras y estaban también labradas con inscripciones parecidas: "Laura, 7 de mayo de 2005. Vivió 2 años, 11 meses y 20 días", "Marie, 14 de febrero de 1987. Vivió 5 años, 2 meses y 15 días", "Philip, 7 de octubre de 2000. Vivió 4 años, 8 meses y 2 días"... Miré todas las lápidas que había, ¡ninguna pasaba de los 8 años! Caí al suelo sobrecogido. ¡Estaba en un cementerio infantil! ¿Qué maldición terrible pesaba sobre este hermoso valle para que murieran tantos niños?

Cuando pude levantar la cabeza, vi a un hombre mayor que limpiaba las piedras y cuidaba las flores. Me acerqué y le pregunté:

- Señor, ¿qué ocurre? ¿Por qué mueren tanto niños en Freetown?

El hombre me miró extrañado... luego sonrió. Me dijo:



- ¿Lo dice usted por las fechas de las inscripciones? Todo tiene una explicación. No son muertes prematuras como piensa, no. Mire. En nuestro valle, cuando cumplimos 12 años nuestros padres nos regalan un cuaderno como éste –y me lo enseñó sacándolo del pecho- en el que anotamos los momentos en los que reconocemos que somos verdaderamente felices. Entonces escribimos: “Mi primer paseo a caballo, 20 min.”, “Mi graduación, 35 min.”, “Un paseo agarrados de la mano: 45 min.”, “Mi primer hijo: 2 horas y 35 min.”... Cuando nos llega la muerte, alguien leerá todas nuestras notas y sumará el tiempo total de momentos felices y eso es lo que aparece en la inscripción.

- Pe... pero en la piedra dice “vivió...”

- Exacto –me contestó-, porque el tiempo que no se disfrutó no se ha vivido.

Para ir más adentro

Léelo en primera persona y revive los momentos... Conecta con tus sentimientos: disfruta del paisaje, conecta con la perplejidad y con la tristeza de las lápidas, escucha con interés al señor mayor... escucha el desenlace y aplícalo en tu vida.

- Imagina que estás escribiendo tu cuaderno como si hubieras nacido en Freetown, ¿has vivido mucho?
- ¿Recuerdas momentos en los que podrías haber vivido con más intensidad y que ya casi olvidas porque no lo hiciste con ilusión?
- Entonces... ¿qué hay en tu corazón que no te deja disfrutar de la vida?

LO IMPORTANTE ES DECIR SÍ A LA VIDA

Cada vez que deseamos estar en otro sitio, con otra gente, vivir otra vida, decimos no a la única real... y no somos felices. Vive con entusiasmo tu realidad o, mejor dicho, a secas, vive tu realidad, *...porque lo que no has disfrutado, no lo has vivido.*